

Los años con Carlos Fuentes

Marta Portal

Es apasionante descubrir cómo un escritor –todo gran escritor– va configurando y perfeccionando su propia técnica narrativa a lo largo de los días y las obras. Los más de cuarenta años con Carlos Fuentes, leyéndolo, estudiando sus ensayos literarios, escuchando sus conferencias, nos permiten *disfrutar* el placer de saborear sensualmente y penetrar intelectualmente ese magma viviente que es su última novela: *Los años con Laura Díaz*¹. Aquella emoción primera con que leímos *La muerte de Artemio Cruz*, o el deslumbramiento que nos produjo la complejidad estructural de *La región más transparente*, nos llevan ahora –en la obra que comento– a una lectura aquiescente, cómplice, trascendente, sin que por ello –por la índole de lectura que induce– la pasión, la admiración y la sorpresa estén ausentes. La narrativa de Carlos Fuentes se ha ido decantando, asentándose en gravedad la exuberancia², trascendiendo sus brillantes intuiciones de antaño en hallazgos formales sistematizados, y haciendo de la intertextualidad el espacio circular donde tradición y novedad se abrazan y se fecundan.

El aserto de Horacio Quiroga: «Los hombres no cuentan lo que ven sino lo que han leído sobre lo mismo que ven», se hace plausible en Fuentes, que cuenta lo que ve, lo que le han contado –y lo agradece–, lo que ha imaginado, y lo que ha leído sobre lo visto e imaginado. Realiza, así, lo que en crítica literaria llamamos «fusión estética», la compenetración de varios lenguajes artísticos: el plástico, el musical, el cinematográfico, el fotográfico, la lírica y todas las variantes genéricas del lenguaje escrito, el folclore, las artesanías, hasta el rayo, el aguacero y el seísmo se someten a la batuta de Fuentes para quedar correlacionados en el inmenso tejido, redivivo y autosuficiente, de esta novela total.

Carlos Fuentes ha querido hacer la novela de nuestro siglo, como Balzac quiso expresar el XIX en *La Comedia Humana*, y ha tenido el acierto de

¹ *Los años con Laura Díaz*, Madrid, Alfaguara, 1999.

² *En la despedida a Alfonso Reyes*, en 1924, Eugenio D'Ors subrayó el «contrapeso» que el regiomontano había supuesto frente a la facilidad y a veces superficialidad de la exuberancia hispanoamericana. «Él ha torcido el cuello de la exuberancia y ha dejado limpio de su imagen mítica el mapa ideal de nuestra América», Jaime Delgado, «Cincuenta aniversario de la actividad literaria de Alfonso Reyes», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 84, (diciembre 1956), p. 391.

decirlo todo, pero de *no explicarlo todo*. Ha dejado hablar a una época a través de una biografía, y como tal biografía no es descripción minuciosa de un período histórico, sino la vivencia –con sus luces y sus sombras– de los avatares de un siglo en el desarrollo de una personalidad y un carácter de mujer; es decir, un todo, pero incompleto, la visión de nuestra contemporaneidad desde un destino humano inextricablemente unido a otros destinos: una experiencia a la altura del lector. El libro de Fuentes nos hace reencontrar nuestro propio pasado –al menos el de mi generación–, en nuestros sueños, en nuestros amores, en nuestros fracasos, en nuestras preferencias y rechazos, también estamos ahí, en sus páginas.

A través de los ojos y la inteligencia de Laura Díaz vamos asistiendo al despliegue de una vida en un determinado espacio social, histórico y geográfico. La inmigración europea –alemana– en tierras feraces mexicanas, el porfiriato en la cantonada de los dos siglos, la hacienda cafetalera en la región de Veracruz. El viejo Buddenbrook, comerciante próspero de la ciudad hanseática de Lübeck y el financiero francés Nucingen, son los ejemplos y los mentores de los Kelsen, cuyo vástago Philip, simpatizante fervoroso del socialismo lasalliano, emigrará a América y fundará la estirpe de la que en el año 98 del siglo pasado nacerá Laura Díaz Kelsen.

De las huelgas de Cananea y Río Blanco, oirá hablar la niña Laura a su hermanastro Santiago, nueve años mayor, que ha concluido los estudios secundarios y se da un año de tiempo para elegir carrera universitaria, aunque la atención primordial del joven en esos momentos en el puerto de Veracruz es la política decadente de un régimen dictatorial que se sostiene con medidas sangrientas cada vez más represivas. Santiago Díaz es fusilado en noviembre de 1910 como conspirador contra el gobierno federal. Y en esa hora, en que la desgracia se abate sobre la familia Díaz Kelsen, que vela el cadáver del joven revolucionario, es cuando la impronta de la voluntad de la niña Laura –doce años– se deja sentir sobre la decisión policial («a los rebeldes se los vela en los panteones»), pidiendo a los padres un espacio más ancho: el mar, que el joven poeta tanto amaba. Laura, viendo el cadáver del medio hermano desaparecer en el mar, hacerse mar, promete obligarse a sí misma a ser fiel al recuerdo de Santiago y a imaginar y tener presente esa vida que a él le arrebataron prematuramente, «haciendo lo que tú no hiciste».

La novela se organiza estructuralmente como narrada e imaginada por el cuarto Santiago, el biznieto de Laura Díaz, que no la conoció pero que vivió rodeado de sus fotografías e inmerso en los recuerdos que de ella le transmitieron sus padres. A los 34 años, en un viaje profesional a Detroit para iniciar un documental sobre muralistas mexicanos, descubre emocio-

nadamente, en una mirada paciente y tensa al mural, en el rostro de una mujer trabajadora, masculinizada por el mono azul y el pelo corto, la expresión y las facciones de Laura Díaz, su bisabuela. Estamos en 1999 y el cuarto Santiago de la saga quiere revivir y recordar la vida de una mujer muerta, descubrir el secreto de su memoria.

Como en un corrido, una balada, o en un mural, pasan por Xalapa –y por la novela– los «héroes» y los sucesos revolucionarios. «El Centauro del Norte» y «El Atila del Sur» son traídos y llevados en las bocas del pueblo y sus efigies fotográficas en todos los periódicos. Entretanto, Laura Díaz estrena su primer traje largo y asiste a su primer baile de mujer. En «San Cayetano», una hacienda cafetalera como la de su abuelo Kelsen, Laura Díaz conocerá a un hombre que intenta seducirla y sólo la intriga y la inquieta con alusiones al hermanastro sacrificado. Más tarde, se convertirá en su primer amante adulterino. El breve encuentro con Orlando Ximénez prestigiará asimismo el misterio que envuelve la figura de Armonía Aznar, la anarcosindicalista catalana, refugiada en Xalapa, a la que nunca llegamos a conocer *de visu*.

En un baile del Casino de Xalapa, presentado por el abogado y poeta vanguardista Xavier Icaza (personaje real), conoce Laura al que muy pronto será su marido: el líder sindicalista Juan Francisco López Greene. Corre el año 1920, y en el mismo tren Interoceánico, que lleva a la pareja al Distrito Federal donde fijarán su hogar, le dan la noticia al marido de que el presidente Carranza ha sido asesinado. Así, para por la vida de Laura Díaz la historia turbulenta de México, en noticia directa por la posición política de López Greene, que quiere «aleccionarla» en la realidad, o en forma de «caldeo» cuando va a producirse, y ya se comenta en los círculos y reuniones a que la lleva su amante, aquel joven del primer baile, Orlando Ximénez, a quien reencuentra años más tarde en el Defe o llega a ella literaturizada, en la gran novela *Los de abajo*, que Laura lee al ser «descubierta» en los medios literarios capitalinos la novela revolucionaria del doctor Azuela. Gobierno de Obregón, primer ministro de educación: «un filósofo exaltado y brillante». El asesinato de Obregón por un sacerdote católico cuando intenta «reelegirse». En estos días, Laura da asilo en su casa impremeditadamente a una extraña mujer, encontrada en la calle, que resulta ser cómplice del magnicidio. Seis, ocho, más años de casada, dos hijos ya, y los primeros síntomas de desavenencia larvada en el matrimonio. Unos días de descanso en la casa familiar del Trópico, y a su regreso, lee en *El Universal* la noticia de que a su anónima protegida, una monja carmelita, se le ha aplicado el expeditivo procedimiento de la «ley de fuga», al ser arrestada en un domicilio cercano al bosque de Chapultepec. La «traición» del marido,

delator sin duda de su protegida, es la gota que derrama el vaso en que rebosan un cierto desánimo, un cierto desgaste, una cierta irritación en el roce de los cuerpos en la cama matrimonial, que viene detectando Laura Díaz. La maleta, un taxi, y una bofetada brutal del marido, son los gestos, expeditivos también, de esta primera ruptura.

Con Orlando Ximénez, su primer amante, vivirá en el hotel Regis, del Paseo de la Reforma, dieciséis meses. Meses de aprendizaje de una cultura superficial, unos tópicos *ready-made*, o improvisados para cada ocasión. Él será su introductor en las fiestas de la alta sociedad mexicana, resucitada y mestizada en la posrevolución, un fresco de personajes reales identificables y de personajes literarios cuya muestra más representativa es Artemio Cruz. Otro paseo al que la conducirá de la mano Orlando –como Virgilio a Dante– es al círculo infernal del desengaño, a la barriada suburbial donde viven hacinados monstruos, tullidos, enanos, miserables de toda índole y condición. ¿Ves? «no hay remedio», le dice el misterioso Orlando, no podemos o no queremos o no sabemos conjurar toda la miseria del mundo. Estampa expresionista que recuerda *El suburbio*, de Georges Heym, y, en la tradición hispánica, los aguafuertes de Goya.

La música –Carlos Chaves–, la pintura –conoce y convive con Diego Rivera y Frida Kahlo–, la literatura contemporánea, sobre todo, los poetas –Vallaurrutia, Gorostiza–, el teatro, la alta costura, todo va asumiéndolo Laura Díaz, guardándolo en su corazón como su madre Leticia guardaba en armarios y despensas orfebrería y alimentos para halagar y fomentar el buen gusto en el hogar. Laura regresa a la Avenida Sonora, al domicilio familiar, y organiza de nuevo la vida con el marido y los hijos, acompañada de la tía mestiza, traída por Xalapa para reservarse a sí misma espacios y huecos de disponibilidad, de libertad de movimiento, de una cierta independencia.

La progresión orgánica del texto novelesco conjuga la biografía y la historia contemporánea que se van sucediendo como las hojas de un calendario, entretejidas, «surco, sangre y ceniza». Es una historia de vidas y por tanto una historia de muertes, de amor, de pasiones políticas, de sueños utópicos, de derrotas, de desgarros... Laura Díaz, una mujer madura, todavía joven –cuarenta años–, conoce al gran amor de su vida: Jorge Maura, nuestro compatriota, en el que se hace reconocible el personaje real de Jorge Semprún, literaturizado por supuesto, pero con señas de identidad indudables: «republicano español», «descendiente del primer ministro reformista A. Maura y Montaner», «pelo blanco desde joven», «cabeza íbero-romana»... No es que Laura rompa de nuevo con su familia por el amor de Jorge Maura, es que desde la primera noche en que se conocen, no